

# LA LOCA DE LA CASA

## ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la torre ó casa de campo de Moncada, en Santa Madrona.—Al fondo, galería de cristales que comunica con una terraza, en la cual hay magníficos arbustos y plantas de estufa, en cajones.—En el foro, paisaje de parque, frondosísimo, destacándose á lo lejos las chimeneas de una fábrica.—A la derecha, puertas que conducen al gabinete y despacho del señor de Moncada.—A la izquierda, la puerta del comedor, el cual se supone comunica también con la terraza.—A la derecha de ésta, se ve el arranque de la escalera, que conduce á las habitaciones superiores de la casa y al oratorio.—A la derecha, mesa grande con libros, planos y recado de escribir.—A la izquierda, otra más pequeña con una cestita de labores de señora.—Muebles elegantes.—Piso entarimado.—Es de día.

## ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA DE MALAVELLA *con sus dos hijos, DANIEL y JAIME, que entran por el parque. Después GABRIELA.*

### LA MARQUESA

Ya estamos... ¡Ay, hijos, me habéis traído á la carrera! (*Volviéndose para contemplar el paisaje.*) ¡Pero qué jardín, qué vegetación! Santa Ma-



drona es un paraíso, y el amigo Moncada vive aquí como un príncipe.

JAIME

No verás posesión como ésta en todo el término de Barcelona. ¡Y qué torre, qué residencia señorial! Cuando entro en ella, eso que llamamos espíritu, parece que se me dilata, como un globo henchido de gas.

DANIEL, *meditabundo.*

Quando entro en ella, la hipocondría no se contenta con roerme; me devora, me consume. (*Apártase de su madre y de Jaime, y cuando éstos avanzan al proscenio, vuelve hacia el fondo contemplando la vegetación.*)

LA MARQUESA

¿Y Gabriela?

JAIME, *mirando hacia el comedor.*

Ahora saldrá. Está dando la merienda á los niños.

LA MARQUESA

¿Chiquillos, aquí?

JAIME

Si, mamá: los seis hijos de Rafael Moncada, que han sido recogidos por su abuelo.

LA MARQUESA

Es verdad... ¡Pobres huerfanitos! (*Entra Gabriela en traje de casa, muy modesto, con delantal.*) Gabriela, hija mía, ángel de esta casa. (*La besa cariñosamente.*) ¿Pero cómo te las gobiernas para atender á tantas cosas?

GABRIELA

¡Qué remedio tengo! Ya ve usted... Estoy hecha una facha. (*Quitándose el delantal.*) Les he dado la merienda, y ahora van de paseo con el ama y la institutriz. (*Saludando á Daniel.*) Dichosos los ojos...

DANIEL

Tanto gusto... (*Le estrecha la mano.*)

GABRIELA, *á la Marquesa.*

¿Pero no se sienta usted?

LA MARQUESA

No: dispongo de poco tiempo. Con dos objetos he venido. Primero: visitar á tu papá y á tu tía Eulalia; segundo: ver y alquilar, si me gusta, una de las casitas que han construido... ahí en el camino de Paulet.

JAIME

¿Sabes? junto al convento de franciscanos.



GABRIELA

¡Ah, sí! Son preciosas.

LA MARQUESA

Y baratas, según dice éste. Hija mía, los tiempos están malos, y lo primero que hay que buscar es la economía.

GABRIELA

¿De modo que seremos vecinas esta primavera?

LA MARQUESA

Sí. (*Bajando la voz.*) Tenemos á Daniel bastante delicado... inapetencia, melancolias...

JAIME

Y la Facultad (*por sí mismo*) ordena campo, aires puros, sosiego, trato continuo y familiar con la naturaleza.

GABRIELA

¡Pobrecito Daniel! (*Los tres observan á Daniel, que ha vuelto al fondo y está embebecido contemplando el paisaje.*) ¿Trabaja demasiado?

LA MARQUESA

Ya no... (*Suspirando.*) ¡Lástima de bufete, lla-

mado á ser uno de los primeros de Barcelona! (*Cariñosamente á Daniel.*) Hijo mío, ¿qué haces?

DANIEL

Nada, miraba... Mucho ha cambiado Santa Madrona de seis meses acá... Dígame usted, Gabriela; allí veo una torre gótica, esbeltísima. (*Señala al fondo por la izquierda, hacia un punto que no se ve desde el teatro.*)

GABRIELA

La de los franciscanos. La concluyó papá hace un mes.

DANIEL, señalando hacia la derecha.

¿Y aquel gran edificio?

JAIME

El hospital, Asilo de huérfanos y Casa de Expósitos, que debemos á Jordana.

DANIEL

¡Soberbia construcción!

GABRIELA

Hecha toda con limosnas, suscripciones y petitorios.

JAIME

Y con funciones de teatro, bailes, tómbolas, rifas y *hermeses*... ¡Es mucho hombre ese Jordana!



LA MARQUESA, *queriendo recordar.*  
Jordana, Jordana...

DANIEL

El alcalde perpetuo.

JAIME

Sí, mamá: aquel que llamábamos el patriarca bíblico porque tiene veinticinco hijos.

GABRIELA

No tanto... son quince.

LA MARQUESA

¡Jesús!... (*Con prisa de marcharse.*) ¿Puedo ver á tu papá y á Eulalia?

GABRIELA, *acercándose de puntillas á una de las puertas de la derecha.*

Papá... escribiendo en el despacho. Mi tía no tardará en volver de la iglesia. (*Daniel se aleja de nuevo hacia la terraza.*)

LA MARQUESA

Esperaremos un ratito. (*A Gabriela, con extremos de cariño.*) ¡Ah, dame otro beso! No me canso de mirarte, ni de admirarte, ni de alabar á Dios por la dicha que me concede haciéndote mi hija.

JAIME, *con entusiasmo.*

Madre. ¿No es verdad que no la merezco? Dígame usted que no la merezco.

LA MARQUESA

Sí, hijo, la mereces, ¿por qué no? Tú también eres bueno...

JAIME

¡Que no la merezco! Pero en fin, la tengo: lo mismo da. ¡Qué feliz soy! Y usted, mamá, también lo es. Diga que lo es... dígalo pronto, si no quiere que me incomode.

GABRIELA, *á la Marquesa, que hace signos negativos.*

Dígalo para que nos deje en paz.

LA MARQUESA

Lo digo y no lo digo... Escuchadme: (*Cogiendo á Gabriela y Jaime por una mano y situándose entre los dos.*) Soñé que cogía en mis manos la felicidad... enterita, completa, redonda, toda para mí... Era como una hostia. Al despertar de aquel sueño, encontréme que sólo poseía la mitad... La otra mitad, rota, caída, deshecha á mis pies... Tu padre, el buen Moncada, el consecuente amigo de mi esposo, tenía dos hijitas casaderas, ángeles si los hay... pues yo creo en los ángeles terrestres.

JAIME

Yo no... pero en fin, pase.

LA MARQUESA

Dos ángeles digo: tú y tu hermana Victoria.



Yo tenía y tengo dos hijos. No por ser míos, ni por hallarse presentes, dejaré de afirmar que algo valen. Este te quiso á ti, Daniel á tu hermana. Dieron las niñas el sí con aquiescencia y regocijo de los padres. Doble matrimonio, dicha completa... Pero ¡ay! de la noche á la mañana, Victoria se siente arrebatada de un misticismo ardiente, le nacen alas, levanta el vuelo, y no pára hasta ingresar en la Congregación religiosa del *Socorro*; y mi pobre Daniel.. (*Mirándole desde lejos.*) Ahí le tienes.. sin haberse casado, parece un viudo inconsolable. Esa es la mitad de mi dicha perdida. La mitad alcanzada ere tú, que serás esposa de este indigno médico. (*Oyese sonido de campana, lejano.*)

DANIEL

Mamá, que es tarde...

LA MARQUESA

Sí, vamos.

DANIEL

Si te parece, después de ver la casa, entraremos un rato en los franciscanos. (*A Gabriela.*) Ese esquilón... (*Deteniéndose á oírlo.*) ¡Qué extraño timbre, á la vez dulce y desgarrador!... No puedo oírlo sin estremecerme.

LA MARQUESA

¿Ya empiezas? (*A Gabriela, en secreto.*) ¡Pobre

muchacho! le tenemos tocado... de monomanía religiosa. (*Alto.*) En fin, me voy... Puesto que Eulalia no viene, la veré á la vuelta.

GABRIELA

Tomarán ustedes chocolate con nosotros.

LA MARQUESA

Si no se empeñan los franciscanos en que probemos el suyo, aquí nos tendrás. Vaya, adiós. (*A Jaime.*) ¿Tú te quedas?

JAIME

Naturalmente.

LA MARQUESA

Hasta luego... (*Tomando el brazo á Daniel, vanse por el fondo.*)

ESCENA II

GABRIELA, JAIME

JAIME

Ya rabiaba por verte.

GABRIELA

¡Ocho días sin venir!

JAIME

Que me han parecido ocho siglos. Habrás recibido mis ocho cartas, á carta por siglo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTAÑEY, MEXICO



GABRIELA

Si, y sólo te he contestado cuatro letras... ya ves; no tengo tiempo para nada. Con la anexión de los sobrinitos, necesito Dios y ayuda para atender á todo...

JAIME, *con entusiasmo.*

¡Mujer extraordinaria, sublime, excelsa!

GABRIELA

Tonto, no adules.

JAIME

Déjame, déjame que te eche muchísimo incienso...

GABRIELA

¡Fastidioso!

JAIME

Dime: cuando nos casemos, ¿seguirás de reina gobernadora en la casa de tu papá?

GABRIELA

Es natural que sí. ¿Cómo quieres que le deje solo?

JAIME

¡Ah! no... de ninguna manera... ¡Don Juan de mi alma! Pero es mucho trabajo para ti ¿Por qué no había de ayudarte tu tía doña Eulalia?

GABRIELA

¡Mi tía! (*Riendo.*) No la saques de sus rezos, de su labor de gancho, de sus visitas á todas las monjas y frailes que hay en tres leguas á la redonda; no la saques de dar buenos consejos y traer malas noticias, y de opinar siempre en contra de los demás. Es buenísima; pero al nivel de su virtud, y un poquito más arriba, pongamos su inutilidad.

JAIME

Bueno... Pues no nos acobardemos por el exceso de trabajo... ¡Ah! ¿Sabes que voy teniendo clientela? Decididamente, me dedico á la especialidad de enfermedades nerviosas.

GABRIELA

Pues empieza por tu hermano... ¿Sabes que no me gusta nada su aspecto?

JAIME

Pasión de ánimo. Lo que dijo mamá: soltero, y viudo inconsolable. Créelo: tu hermanita le desquició con el dichoso monjío. Lo más raro es que á Daniel le ataca también ese terrible asolador del humano cerebro: el *bacillus mística*.

GABRIELA

¿De veras?



JAIME

Los franciscanos de Barcelona cuidan de inculárselo.

GABRIELA

¿Qué me cuentas?

JAIME

Sí; mañana y tarde le tienes entre frailes más ó menos descalzos, platicando de cosas abstrusas y enrevesadas, cháchara espiritualista, que yo, disector de cadáveres, no he podido entender nunca.

GABRIELA

No desatines.

JAIME

Y á propósito de enfermos. ¿Qué tiene tu papá?

GABRIELA, *con asombro.*

¿Papá? Nada... Ah, sí; algo tiene... Padece insomnios, tristezas... Apenas habla... Se me figura que ha sufrido estos días algún contratiempo gravísimo.

JAIME

El incendio de los almacenes de Barceloneta.

GABRIELA

No... algo más será... Presumo que pérdidas

considerables en Bolsa. Huguet, su agente y amigo, viene casi todas las tardes.

JAIME

Hoy también.

GABRIELA

¿Con vosotros?

JAIME

No.

GABRIELA, *con interés.*

¿En qué coche venía Huguet?

JAIME

En el de ese bárbaro... ¿Cómo se llama?... ¡Ah! Cruz, José María Cruz, que vive ahí, en casa de Jordana.

GABRIELA, *recelosa.*

¿Venía también Cruz?

JAIME

Sí... Sabrás que mis amigos le llaman *el gorilla*, porque moral y físicamente nos ha parecido una transición entre el bruto y el *homo sapiens*.

GABRIELA

Hombre de baja extracción, alma sórdida y cruel, facha innoble, la riqueza no le ha enseñado, como á otros, á sobredorar la grosería de



sus modales, la vulgaridad zafia de sus pensamientos.

JAIME

Mala persona, según dicen. ¿Y es cierto que se crió aquí, en tu torre?

GABRIELA

Sí, hombre. Es hijo de un carretero que tuvimos en casa. Yo era muy niña entonces. Apenas me acuerdo.

JAIME

¡Qué cosas se ven!

GABRIELA

Es de esos que van cerriles á América, y luego vuelven cargados de dinero. La Providencia nos ofrece á cada instante estas ironías horribles.

JAIME

La riqueza en perfecto consorcio con la barbarie.

GABRIELA, *con vehemencia.*

En fin, es hombre el tal Cruz, cuya presencia y cuya voz me atacan los nervios... Apenas cambio el saludo con él... Y el muy bruto no conoce la antipatía, la repugnancia que me inspira... y... vamos, ¿te lo cuento?

JAIME, *receloso.*

¿Qué? Me asustas.

GABRIELA

Anteayer iba yo por el jardín... ¡Pasé un susto...! Estaba sola. Presentóseme saliendo de unas matas, como res brava perseguida de cazadores; y al verle delante de mí quedéme fascinada, sin poder hablar. Quise dar un grito; pero no lo dí, hijo, no lo dí.

JAIME

Eso es lo que no sabe ninguna mujer: gritar á tiempo.

GABRIELA

Pues con una inclinación muy torpe de cabeza y cuerpo me saludó, y al querer ser fino y galán, parecía que se iba á poner á cuatro patas.

JAIME, *con repentina cólera.*

Gabriela... ¿ese animal tiene el atrevimiento increíble de prendarse de ti?

GABRIELA

Algo de eso me dió á entender con sus gruñidos...

JAIME

No me lo digas...



GABRIELA

¿Pero yo qué culpa tengo...?

JAIME, *muy inquieto.*

¡Enamorado de ti! ¡Ay, qué idea me asalta, qué recelo, qué presentimiento horrible! Gabriela, ese hombre te quiere comprar. Dime, por tu vida, dímelo; dime que no te vendes... que no cambiarás mi honrada personalidad por la de ese alcornoque cargado de bellotas de oro...

GABRIELA

¿Pero estás loco? (*Viendo salir á Moncada.*) Cállate... Mi padre...

## ESCENA III

*Dichos.* MONCADA, *que sale por la derecha, muy caviloso y triste; después* HUGUET.

MONCADA

¡Qué ansiedad! ¡Lo que tarda Huguet!...

JAIME

Señor don Juan...

MONCADA

¡Ah, Jaime! (*Con indiferencia.*) ¿Qué tal? ¿Y tu mamá?

JAIME

Ha venido conmigo y con Daniel.

GABRIELA

¿Sabes, papá?... La Marquesa alquila una de las casitas de abajo...

MONCADA, *que no se ha fijado en lo que Jaime y Gabriela le han dicho.*

Dime: ¿me traes alguna mala noticia?

JAIME, *sorprendido.*

¿Mala noticia?

MONCADA

¿No?... Es que... Hace días que no entra aquí una persona sin anunciarme algún desastre.

JAIME

¡Don Juan!

MONCADA

Cuantas desdichas pienso, suceden. Toda la mañana me la llevo... pensando que ha caído un rayo en mi casa de Barcelona.

JAIME

¡Qué disparate!

MONCADA, *viendo salir á Huguet por el fondo.*

¡Ah!, gracias á Dios.

GABRIELA, *aparte á Jaime.*

(*Huguet..., estamos demás aquí.*) (*Retírase por la izquierda. Jaime la sigue.*)



JAIME, *reparando en la expresión sombría del rostro de Huguet.*

(Mal cariz tiene el agente.)

GABRIELA, *ordenando á Jaime que salga por el parque.*

Tú por allí... (*Vanse.*)

ESCENA IV

MONCADA, HUGUET

MONCADA, *impaciente.*

¿Á ver...? ¿Qué hay? ¿Qué nueva desgracia me traes hoy?

HUGUET, *cohibido.*

Hombre, aguarda...

MONCADA

Tu cara no puede engañarme. De tanto leer en ella me la sé de memoria.

HUGUET

Te diré... La cosa es grave; pero aún...

MONCADA, *con firmeza.*

Déjate de atenuaciones, Facundo. No las necesito.

HUGUET

Bueno. Pues... lo que temíamos, Juan, un pánico horroroso, que no hemos podido contener comprando hasta comprometernos con ciega temeridad. Artús y yo hemos hecho verdaderas locuras. ¡Esfuerzo inútil! Las acciones del *Banco Mercantil y Naval*, ofrecidas á veinticinco.

MONCADA, *llevándose las manos á la cabeza.*

¡Á veinticinco!

HUGUET

Ya me lo temía...

MONCADA, *con ansiedad.*

Di: ¿podré esperar que la *Compañía Insular y Continental* me apoye para evitar el último desastre?

HUGUET

¡Ay, querido Juan!, pues tienes un alma bien templada para el infortunio, te diré que...

MONCADA, *vivamente.*

No sigas. Mi pesimismo me da un gran poder de adivinación. Hace un rato, pensaba en la espantosa baja... ¡La veía! Y he visto que la *Compañía Insular* es también cosa muerta... ¿Acerté?



HUGUET, *con honda tristeza.*

Sí. (*Pausa.*) Han venido para ti tiempos malos, compensación de los buenos que gozaste. Así es el mundo.

MONCADA

¡Ay, sí! La fortuna me halagó con increíble perseverancia durante treinta años. Tú, todos, yo mismo, nos asombrábamos de mi loca fortuna.

HUGUET

Sí... Tanta ventura no podía seguir. Decíamos que el Destino... ¿Te acuerdas de la broma?...

MONCADA

Que el Destino me cebaba para comerme después. Acertasteis. Llegó un día en que eso que llamamos suerte, ese misterio eterno, por todos temido, por nadie descifrado, se volvió contra su favorito. Empezaron mis desdichas con la muerte de mi esposa, mi idolatrada Luisa. ¡Ay! La prosperidad entró con ella en mi casa, y con ella se fué... Cuatro meses después de aquel golpe, recibí otro que también me hirió en lo más vivo del alma. Mi hija Victoria, la más parecida á su madre, la que me reproducía su bondad, su inteligencia, su viveza y gracia seductoras, es bruscamente asaltada de

un religioso entusiasmo que más bien parece exaltación insana. Su jovial carácter sufre una crisis profunda, que termina con la resolución de tomar el hábito en el *Socorro*. Mi cariño y el de su hermana y su tía, no pueden nada contra su piedad despiadada. Comprometida á casarse con Daniel de Aransis, á quien amaba desde que ambos eran jovencuelos, lo abandona todo, padre, hermanos, novio, casa, familia y amigos...

HUGUET

Su apasionada vocación es digna de respeto.

MONCADA

Si no digo nada contra su vocación... Allá la tienes á punto ya de cumplir el plazo del noviciado y profesar. ¡Hija de mi alma!... ¡Perderte viva!... (*Desechando una idea triste.*) Pues sigo: al mes de ver partir á mi Victoria para el convento (... ¡cómo se eslabonan en esta cadena infame de la suerte las cosas divinas con la profanas!...) ocurre la espantosa baja de los algodones, que me hace perder en un día... ya lo sabes. Al mes siguiente, una inundación hace estragos en la fábrica de Igualada. Pasan veinte días, y el fuego me destruye parte de los almacenes de Barceloneta. Y así continúan éstos que bien pueden llamar arañazos del monstruo, comparados



con la inmensa desventura del mes anterior. Mi hijo, mi único varón, el *hereu*, la esperanza y el orgullo de mi casa, inteligencia poderosa, corazón grande, el que puso la fábrica de cerámica (*señalando el paisaje del fondo*) en el pie de prosperidad en que la ves... (*La aficción no le permite concluir la frase.*)

HUGUET

¡Tristísimo recuerdo!

MONCADA

Sucumbió, víctima de una rápida enfermedad infecciosa... Ahí tienes á sus seis niños, también huérfanos de madre, sin más amparo ya que su abuelo...

HUGUET, *animándole.*

Y les basta y les sobra... Vamos, Juan, ánimo.

MONCADA

¡Ay, Facundo! ¿no te parece á ti que Dios debe darme algún descanso?

HUGUET

Y te lo dará.

MONCADA, *con desaliento.*

No; ya no espero nada. Me arrojó en brazos de la ciega fatalidad. Me siento incapaz de pre-

venir nuevos males, y de poner remedio á los que ya me agobian... Aquel tino mío para los negocios, aquel golpe de vista, Facundo, ya no existen. Soy todo indecisión, torpeza. Ya no tengo ideas. Sólo queda en mí una especie de estupefacción terrorífica, el continuo, el angustioso esperar de nuevos golpes. No me atrevo á dar un paso: creo que la casa se me cae encima. Cuantas personas veo, paréceme que expresan el duelo de una desdicha que por compasión no quieren revelarme. Siento caer un plato, y me suena como si se hundiera un tabique. Temo al aire que respiro y á la luz que me alumbrá, Tiemblo por mi hija, por Gabriela, mi solo consuelo ya. Tiemblo también por esos pobres niños. Pienso que jugando en el jardín se caen al estanque, ó que les muerde un perro rabioso...

HUGUET, *cortándole la palabra.*

No más, no más ideas lúgubres. Lucharemos contra la adversidad... Más sereno que tú, yo veo caminos de salvación.

MONCADA, *desconfiado.*

¿Cuáles? ¿La venta de inmuebles de que hablamos el otro día? ¿el préstamo hipotecario?

HUGUET

Sí.



MONCADA

Ya es tarde. Tendría que ser en condiciones ruinosas.

HUGUET

Quién sabe... Te diré. He hablado con Cruz.

MONCADA, *vivamente.*

¿Y tiene noticia del horrible *crack* de hoy?

HUGUET

Sí, todo lo sabe. No creas que se presenta mal. Insiste en comprarte la fábrica y los terrenos de la Gran Vía.

MONCADA

¿Pero en qué condiciones? Es usurero. Se enroscará en mí, como el boa, y me ahogará.

HUGUET

Y también parece dispuesto, si no quieres vender tus inmuebles, á hacerte el empréstito con garantía...

MONCADA

Facundo, por Dios, no me des esperanzas que luego resultan fallidas... ¿Y crees tú que podrá...?

HUGUET, *asombrado.*

¡Que si puede! Es hombre de inmenso capital...

MONCADA, *ensimismado.*

Inmenso, sí... ¿Habéis venido juntos de Barcelona?

HUGUET

Y juntos entramos en tu parque. Ahí le dejé paseándose con Jordana, que no le suelta.

MONCADA

¿A ver? (*Aproximándose al foro para mirar hacia el parque.*)

HUGUET, *solo en el proscenio.*

(*¿Cuajará mi proyecto? Atrevidillo es. Pero Eulalia conspira conmigo, y es mujer que lo entiende.*)

MONCADA

No veo á nadie... Mi hermana es la que viene ahí. (*Volviendo al proscenio, desalentado.*) Ya estoy temblando. ¡Si me traerá malas noticias!...

HUGUET

¡Oh, no!

ESCENA V

*Dichos.* DOÑA EULALIA, *vestida de negro, con sombrilla y un libro de rezos. Es señora de cabellos blancos, de rostro pálido y sin movilidad.*

EULALIA

¿Pero qué? ¿No ha vuelto Florentina?



MONCADA

No; yo creí que estaba contigo.

EULALIA, *secamente.*

No; sólo he visto á Jaime. Buenas tardes, Facundo. (*A Moncada.*) ¿Y tú, qué tal te encuentras? Fuertecito... animado. ¡Ay, cómo te admiro!

MONCADA, *alarmado.*

A mí, ¿por qué?

EULALIA

Por tu tesón, por tu estoicismo, por esa firmeza heroica con que recibes los tajos y mandobles de la adversidad.

MONCADA, *impaciente y malhumorado.*

Pero qué, ¿me preparas para alguna mala noticia?

EULALIA

No se trata de eso. A no ser que tengas por mala noticia la de que tu hija Victoria profesará dentro de quince días. (*Gesto de indiferencia en Moncada.*) ¿Y tampoco te importa saber que la Superiora le permite pasar tres días en tu compañía?

MONCADA

¿A Victoria?

EULALIA

Sí... La tendrás aquí esta tarde con Sor María del Sagrario, la hermanita del Socorro que ha pedido Rius para asistir á su suegra.

MONCADA

Bienvenida sea mi adorada hija... Pero de veras, ¿no tienes alguna nueva desastrosa que comunicarme?

EULALIA

¿Y qué?... ¿No hemos nacido para padecer? Tus penas son mis penas. ¿No estoy aquí para compartirlas, para consolarte?

HUGUET

¡Oh! Sí... el consuelito espiritual.

EULALIA

¿Qué tiene que decir el bueno del agente? (*Amoscada.*) Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...

HUGUET

¿Pero dónde está ese becerro, señora? Dígame usted donde está el becerro.

EULALIA

A usted, Facundo, que es ya cosa perdida, nada tengo que decirle... Tú, querido hermano



mío, te salvarás porque has padecido y padeces...  
El Señor te ha probado.

MONCADA

Bien lo veo... Pero dime, ¿ha concluído ya?  
Tú, que conoces lo de arriba, ¿puedes asegurarme que terminaron las pruebas?

EULALIA, *con severa convicción.*

Quizás no... Mejor para tu alma. Alégrate.

MONCADA

Alegrémonos, pues.

EULALIA

Y bendice la mano que te hiere.

MONCADA

Pues la bendigo... Ahora... pega.

HUGUET, *con intención.*

No; si hoy no trae el rayo de las malas noticias.

EULALIA

¿Y si trajera el iris de las esperanzas risueñas?

MONCADA, *incrédulo.*

¿Iris, tú...?

EULALIA

Yo, sí.

MONCADA, *esperanzado.*

¿De veras?

EULALIA, *con sequedad.*

No, no es nada. (No debe saberlo todavía.)

MONCADA, *resignado.*

Adelante la adversidad.

EULALIA

Adelante. (*Con afectada emoción.*) Querido hermano mío, cuando Dios te pone en el yunque, y bate y machaca, por algo será.

MONCADA, *meditabundo.*

Por mis pecados... sí.

EULALIA

Tú lo has dicho... ¿Quieres oír un juicio sano y leal?... Pues llueven sobre ti tantas desdichas por el olvido en que tienes las prácticas religiosas. (*Movimiento de disgusto en Moncada y de sorpresa en Huguet.*) No, si ya sé que eres dadivoso... Pero no basta dar dinero á los franciscanos para que acaben el campanario... No se llega al Cielo elevando torres para encaramarse por ellas.



MONCADA

Déjame, te digo.

EULALIA

Diré la verdad, aunque te duela; la verdad, medicina que entra por los oídos y anida en el cerebro, como la paciencia anida en el corazón... El Señor te aflige y te afligirá más todavía porque has olvidado sus leyes sacrosantas, devorado por la fiebre mercantil y por el afán de acumular riquezas. (*Con acrimonia.*) Y no estás ya en edad de atender más á los negocios que á la suprema especulación de salvar tu alma, porque el mejor día viene la cobradora fea con la libranza del vivir vencida, y tienes que pagar á toca teja, dando tu cuerpo á los gusanos y tu alma á la eternidad. Y te llaman á juicio; y allá, el ángel que pesa y apunta, te preguntará por tus buenas acciones, no por las del Banco, ni por el mayor ó menor capital que tengas en cuenta corriente ó en caja... Y entonces será el rechinar de dientes y el decir... ¡maldita riqueza, malditos negocios, y maldito tanto por ciento...! (*Moncada se ha sentado con muestras de fatiga, y aguanta el sermón sin decir nada.*)

HUGUET

¡Basta, por Dios!...

ESCENA VI

*Dichos.* LA MARQUESA, DANIEL, JAIME, *por el fondo; después* GABRIELA.

LA MARQUESA

Aquí están... ¡Querido Juan!

MONCADA, *estrechándole la mano.*

¡Florentina!...

EULALIA

¡Qué gozo verte aquí!... (*Se abrazan.*) ¿Qué tal la casita?

LA MARQUESA

Positivamente la tomo.

DANIEL, *á Moncada.*

Desde mañana, mi querido don Juan, seremos vecinos. Usted, según parece, no goza de buena salud; yo tampoco. Nos acompañaremos, nos consolaremos mutuamente, reanudando la serie de largos paseos que eran nuestra delicia seis meses ha.

MONCADA, *abrazándole.*

Tu amistad es un gran consuelo para mí. Te quiero como á un hijo.



LA MARQUESA

¿Y Gabriela?

JAIME, *atisbando por la puerta de la izquierda.*

Aquí está.

GABRIELA, *vestida con traje más elegante que al principio del acto.*

¿Toman chocolate?

LA MARQUESA

Sin duda.

EULALIA

Á mí me lo haces con agua. Ya sabes que ayuno.

LA MARQUESA

¡Ah! (*Recordando.*) Mañana Domingo de Ramos.

*Forman todos un grupo, del cual se separa doña Eulalia para reunirse con Huguet al otro lado del proscenio.*

HUGUET, *aparte á doña Eulalia.*

¿De veras conspira usted conmigo?

EULALIA

Yo no conspiro; influyo con mi autoridad en la suerte de la familia... ¿Pero ese bendito salvaje no viene?

HUGUET

No tardará... Dígame usted, ¿no le parece que esta familia nos estorba un poco?

EULALIA

Sí; ¡visita más inoportuna...!

HUGUET

¿Qué hacemos?

EULALIA

Yo les espantaré, como á las moscas.

### ESCENA VII

*Dichos. JOSÉ MARÍA CRUZ y JORDANA, que entran por el foro. El primero es hombre rudo y de ademanes torpes, rostro ceñudo. Viste con decencia y sencillez, sin pretensiones de elegancia.*

MONCADA, *adelantándose.*

Amigo Cruz...

CRUZ, *saludando con embarazo.*

Señor don Juan... Don Facundo...

JORDANA

Por tercera vez he enseñado al señor de Cruz esta hermosa finca, y la fábrica.

MONCADA, *con tristeza.*

¡Ah! ¡la fábrica! Desde la muerte de mi hijo está un poco descuidada.